



Capítulo 204

¡Kwaaaaaa-!!!!

La feroz explosión causada por la caída de la estrella violeta se tragó las ruinas y el bosque.

Tan pronto como el polvo se asentó, la escena que se reveló fue...

«¡-!».

Fue la imagen de Deus lanzándose al instante y clavando su espada en el corazón del Apóstol de la Pereza.

«Funcionó».

Al ver esto, Alon soltó un pequeño suspiro de alivio.

Deus había seguido a la perfección el consejo de Alon, tal y como él esperaba.

Lo que Alon le había aconsejado a Deus era...

Una técnica utilizada en la segunda fase, después de que los jugadores superaran la primera fase del juego contra el pecado de la pereza.

Era la capacidad de unir «mana» con hilos invisibles.



«... Como era de esperar, enseñar al Pecado de la Pereza a usar los hilos fue la respuesta correcta».

Con ese pensamiento, Alon dirigió su mirada hacia el Apóstol de la Pereza.

El estado del Apóstol distaba mucho de ser normal.

No solo le habían cortado ambos brazos, sino que también le habían aplastado el hueso occipital derecho, por lo que era un milagro que siguiera en pie.

La espada de Deus había atravesado el corazón del apóstol.

«¡Keuhk...!»

Con un sonido repentino, sangre negra salpicó en todas direcciones.

La sangre brotó de la boca del apóstol mientras la tosía.

Para cualquiera que lo viera, era una victoria innegable.

Mientras Deus se preparaba para acabar con el apóstol clavándole la espada más profundamente...

—Jaja...

El apóstol se echó a reír de repente.

«Jajaja...».



Una risa ausente, pero extrañamente serena, diferente a cualquier emoción que hubiera mostrado antes.

Deus miró fijamente al Apóstol, cuyo rostro estaba lleno de una sonrisa profunda e inquietante.

iShiiing!

Sin dudarlo, Deus cambió su movimiento y levantó la espada.

Una fuente de sangre brotó.

Y, sin embargo...

a pesar de que el cuerpo estaba cortado limpiamente desde el corazón hasta la cabeza...

«Está bien, lo admito. Fui descuidado. Nunca imaginé que pudieras ejercer tus habilidades hasta tal punto sin tomar prestado Su poder».

El Apóstol de la Pereza soltó una risa ronca y habló.

«¿Pero de verdad crees que esto es el final?».

Él sonrió, una sonrisa grotesca y espeluznante.

Una risa tan inquietante que provocaba escalofríos a cualquiera que la viera.



En respuesta, Deus no perdió tiempo.

Envolvió los miembros restantes del apóstol en hilos púrpura y los desgarró.

Pero...

El cuerpo destrozado se transformó al instante en hilos negros y fue absorbido por las venas oscuras.

¡Puhaaaak!

Los huevos se rompieron y de su interior salieron arañas.

¡Kreeeek!

Las arañas, cada una del tamaño de un hombre adulto, eran espantosas.

Cada una tenía un rostro humano incrustado como una marca en su abdomen.

Surgieron de las cáscaras de huevo rotas con movimientos grotescos y espasmódicos.

Una visión tan repulsiva que podía provocar náuseas.

Y, sin embargo...



Eso no fue el final.

Pronto...

Las arañas que se habían desbordado comenzaron a...

iPum!

—se suicidan.

«...?»

«¿Qué diablos?».

Syrkal se quedó atónito, mientras que Reinhardt soltó sin querer una exclamación de sorpresa.

El suicidio colectivo de las arañas no cesó.

Como si estuvieran controladas por una fuerza invisible, se desgarraron la garganta o se destrozaron el cuerpo, poniendo fin a sus propias vidas.

Sus cuerpos sin vida se desplomaron entonces sobre el suelo, absorbidos por las venas que había debajo.

«_!»

En ese momento, Alon finalmente se dio cuenta.

Lo que estaban haciendo estas arañas.

Entonces...

¡Boom!

El suelo comenzó a derrumbarse.



Un ruido ensordecedor golpeó los tímpanos de todos.

Los temblores eran tan fuertes que era difícil incluso mantenerse en pie.

«¡Esto es una locura...!»

Reinhardt, que había visto algo, maldijo con dureza.

Algo estaba emergiendo, trastornando toda la tierra.

Era...

«¿Qué es eso?».

Algo lo suficientemente grande como para destruir todas las ruinas.



Una monstruosidad.

Una criatura que alberga la abominación de la pereza: Krakscha.

—!!!!

Como una criatura que nace de un huevo,

Krakscha irrumpió en la superficie con un chillido escalofriante.

Al ver su aparición, los ojos de los caballeros se llenaron al instante de terror.

«Esto es una locura...».

Reinhardt, incapaz de resistirse, soltó otra maldición y apretó con fuerza la espada.

Su rostro estaba marcado por la desesperación más absoluta.

Incluso si lograban eliminar todas las arañas,

Krakscha, al igual que el Apóstol, exudaba maná negro.

Una situación de peligro absoluto.

No podían correr.



E incluso si luchaban, no había garantía de victoria.

En medio de esta situación ineludible, Alon dejó escapar un pequeño suspiro.

«No pensaba usarlo aquí, pero parece que no tengo otra opción».

Mientras metía la mano en su capa...

«—»

El paisaje ante él cambió de repente.

Lo que vio fue un cielo nocturno azul y estrellado.

En cuanto lo reconoció, Alon supo instintivamente dónde estaba.

[Me alegra que hayas llegado temprano].

La voz de una chica...

No,

[Pero dada la situación, lo explicaré rápidamente].

La voz de Kalannon, el receptor de rayos, resonó.

[La forma de manifestar tu verdadera forma].



Nubes oscuras comenzaron a acumularse sobre el cielo, antes despejado.

El peor de los casos.

Literalmente, lo peor de lo peor.

El rostro normalmente inexpresivo de Alon se volvió aún más sombrío.

Al ver esto, Reinhardt apretó los dientes.

«¡Maldita sea...!»

Una entidad monstruosa se alzaba ante ellos.

Una araña de un tamaño incomprendible, cuya mera presencia aplastaba el ambiente.

Para Reinhardt, el tamaño de un enemigo no importaba a menos que fuera algo como el Altar de la Lluvia.

Y, sin embargo, se sentía abrumado.

Porque, instintivamente, sabía...



que aquello era una calamidad.

El maná negro que emanaba la criatura...

no era diferente del maná negro que el apóstol había esparcido antes.

«Esta situación no pinta bien».

Reinhardt evaluó con frialdad el estado actual de las cosas.

Una sensación de urgencia inundó todo su cuerpo.

La enorme araña irradiaba una presencia tan abrumadora que incluso él se sintió tenso.

Para empeorar las cosas, las arañas más pequeñas habían rodeado completamente las ruinas, formando un cerco similar a un asedio.

Pero el factor más desesperante aquí era la presencia de los caballeros que habían entrado en este lugar con ellos.

Los habían traído para evitar que el Apóstol de la Pereza utilizara el maná que aún flotaba en el aire.

Sin embargo, ahora se habían convertido en un lastre.

Si el sello temporal sobre el maná negro, impuesto por el marqués Palatio y Deus, se rompiera...



Y el maná negro recuperara su fuerza...

La mayoría de los caballeros aquí presentes se convertirían inevitablemente en meras marionetas.

«¿Qué debo hacer?».

Reinhardt miró a su alrededor con expresión ansiosa.

Syrkal, al igual que él, no podía ocultar su tensión.

Y en ese preciso momento...

Deus estaba utilizando desesperadamente sus hilos púrpura para bloquear el maná negro que regresaba.

Como si se burlara de sus esfuerzos...

[Ja, nunca pensé que me empujarían tan lejos. Menos mal que vine preparado].

Una voz descendió desde arriba.

Ante aquel sonido grotescamente distorsionado, Reinhardt instintivamente miró hacia arriba...

«Tienes que estar bromeando. ¿Sigues vivo?».



Allí, sobre su cabeza, se alzaba...

el Apóstol de la Pereza, con el torso desnudo, los miraba fijamente.

El apóstol, de aspecto grotesco, sonrió siniestramente.

Entonces, habló.

[¿De verdad pensabas que no me habría preparado para lo peor, después de todo esto? Bueno, supongo que podrías haberlo pensado. Normalmente, mi propio poder habría sido más que suficiente para acabar con todos ustedes].

¡Crack!

[Pero, por desgracia para ti, soy alguien que se prepara a fondo para cualquier situación].

¡Crack, crackle—!

El apóstol comenzó a cortar los hilos púrpura que Deus había tejido.

«¡Tch—!»

Deus se apresuró a reforzar los hilos.

Pero a pesar de sus esfuerzos...



Ya había gastado mucha más energía de la esperada en el ataque anterior, lo que debilitó su control.

Como resultado, los hilos se estaban cortando a un ritmo cada vez mayor.

Al final, los hilos morados que retenían el maná negro se rompieron por completo.

«Ah...».

Un suspiro silencioso escapó de los labios de alguien.

El Apóstol que estaba de pie sobre Krakscha sonrió aún más ampliamente.

Y justo cuando el maná negro estaba a punto de inundar la zona que Deus había logrado mantener a raya por los pelos...

¡Rumble!

«...?»

De repente, Reinhardt se dio cuenta de algo.

El cielo, que estaba despejado hacia solo unos instantes, ahora estaba cubierto de nubes oscuras.

Y eso no era todo.



¡Goteo! ¡Goteo, goteo!

Como si alguien lo hubiera manipulado artificialmente, en cuestión de segundos, la lluvia comenzó a caer del cielo nublado.

«¿Qué demonios...?»

Justo cuando el Apóstol de la Pereza, que se regodeaba en su inminente victoria, frunció el ceño con desconcierto...

Paso. Paso.

El marqués Palatio, que había permanecido en silencio hasta ese momento, comenzó a caminar lentamente hacia adelante.

Un paso.

Luego otro.

Se dirigió hacia la parte delantera de Krakscha, donde se filtraba la niebla negra.

No formó ningún sello.

No recitó ningún conjuro.

No recitó ningún pasaje.



Tampoco manipuló su maná.

Simplemente... siguió caminando.

Hacia Krakscha.

Hacia el origen del maná negro.

Como una polilla a la luz.

Y sin dudarlo...

el marqués Palatio siguió caminando, pasando sin esfuerzo por encima de los hilos púrpura que Deus intentaba reforzar desesperadamente.

[Ja, éte has rendido?]

«¡Marqués, qué demonios...!».

El Apóstol de la Pereza soltó otra risa burlona.

Deus gritó alarmado.

Pero entonces...

¡Crackle!



Por un instante, todo brilló.

Y Deus lo vio.

En ese fugaz momento...

una chispa de relámpago centelleó en las yemas de los dedos de Alon.

Una leve carga estática.

Tan pequeña...

Sin embargo, en este mundo oscuro y ceniciente, brillaba con intensidad.

En un instante, la luz azul tocó el maná negro.

En el momento en que se produjo el contacto...

¡Crackle, sizzle, ssshhhhh—!

El maná negro comenzó a transformarse en un rayo azul.

[¡éQué...?!]

El apóstol soltó un grito ahogado de sorpresa.



Pero la electricidad estática que brotaba de las yemas de los dedos de Alon no cesó.

Surgió a través del maná negro, convirtiéndolo todo en rayos.

Mientras observaba cómo se desarrollaba aquella increíble escena, Alon recordó las palabras que Kalannon le había dicho una vez.

«Manejar la divinidad no es especialmente difícil. Solo tienes que sacar la divinidad que hay dentro de ti. Pero para ejercer el poder libremente, no basta con sacarlo».

Miró al frente.

El maná negro que antes había llenado el aire... había desaparecido.

Había sido sustituido por completo por un deslumbrante rayo azul.

La voz de Kalannon resonó en su mente.

«Por eso lo que debes hacer no es solo invocar a la divinidad, sino aceptarla».

[¡Muere!]

—!!!!

Como si sintiera que algo irreversible estaba a punto de ocurrir...



Krakscha levantó una de sus enormes patas.

Al mismo tiempo, las arañas que lo rodeaban lanzaron chillidos espantosos y se abalanzaron hacia adelante.

«Aceptar la divinidad es difícil. Requiere mucha más práctica de lo que podrías pensar. Pero esta vez te ayudaré. Así que solo concéntrate en apretar el gatillo. El gatillo está...».

Mientras la lluvia torrencial se intensificaba, la pierna de Krakscha se estrelló contra el suelo.

Un enjambre de arañas se abalanzó sobre el marqués Palatio.

Pero incluso en ese fugaz instante...

Alon no hizo nada más que levantar la mano izquierda.

«Rayo...».

«Atrápalo».

Simplemente atrapó el rayo que parpadeaba a su alrededor.

Y en ese momento...

¡Snap!



Todo se detuvo.

La lluvia que había estado cayendo a cántaros...

cesó.

Las arañas que habían estado saltando sobre Alon...

se detuvieron.

La enorme pierna de Krakscha...

Se detuvo.

Y el rayo en las manos de Alon...

Desapareció.

Como si el tiempo se hubiera detenido.

Y entonces...

«...!»

El primero en reconocer la inquietante anomalía fue Syrkal.

«¿Están desapareciendo...?»



Se dio cuenta de que las innumerables arañas que habían estado cargando contra Alon hacía solo un momento se habían quedado congeladas en el aire, convirtiéndose en polvo.

Comenzando por las puntas de sus patas, lentamente, como si se descompusieran en la tierra, las arañas se desmoronaron hasta convertirse en polvo.

«Manifestación».

Una voz tranquila resonó:

Y del cuerpo del marqués Palatio brotó una explosión de rayos.

Como si quisiera consumir el mundo entero.

Con un rugido que sacudió la tierra, estalló un brillante rayo azul.

En ese momento...

Un par de cuernos azules comenzaron a salir de la cabeza del marqués Palatio.

Y a medida que la tormenta se intensificaba, aún más feroz que antes...

Un dios se había manifestado.

¡Crackle!

Kalannon, el receptor de rayos.